

SESQUICENTENARIO DEL PLAN CERDÁ (1859-2009)

JOAN BASSEGODA I NONELL

INTRODUCCIÓN

Evolución de las fortificaciones

Cuando se establecieron las comunidades humanas en asentamientos fijos, apareció el concepto de muralla, que tanto podía considerarse un elemento de defensa contra ataques exteriores como un signo de fuerza e identidad. Solamente las ciudades minoicas, protegidas por el mar, carecieron de tales murallas.

La idea urbanística etrusca de las ciudades de planta cuadrada o rectangular, con calles octogonales cruzándose en el centro, se repitió en el urbanismo romano tanto en la ciudad (Urbs) como en el campamento militar (Castrum) o en el castillo (Castellum). Todas estas fortificaciones, cuyo ejemplo paradigmático fue la ciudad mausoleo de Diocleciano en Spalato (Split), se montaron a base de lienzos de muros almenados y torres de mayor altura. La aparición de la artillería obligó a construir nuevas fortalezas o reforzar las antiguas con terraplenes, taludes, baluartes y revellines que primero se conocieron en Italia y luego tuvieron en el francés Sebastien Preste de Vauban el más destacado representante.

En las ciudades amuralladas medievales, siguiendo la antigua técnica romana, se aplicaron los nuevos sistemas de fortificación, pero obligados los ingenieros militares a mantener el perímetro de la fortificación existente, se limitaron a la construcción de fosos, glacis, terraplenes y parapetos cruzando los fuegos mediante la artillería situada en los baluartes. El perfeccionamiento de la artillería hizo cada vez menos eficaces las fortificaciones convencionales. El concepto de ciudad sitiada, ciudad tomada, fue ganando terreno y las murallas llegaron a considerarse onerosos anacronismos, sin ninguna utilidad práctica.

A partir de la revolución francesa de 1789 y del aumento de las ideas antimilitares, anticlericales y masónicas, todavía fue menor el aprecio que se sintió por las murallas y fuertes. Especialmente en el caso de las ciudades amuralladas que se sentían prisioneras de las fortificaciones al estar consideradas plazas fuertes y, por tanto, sometidas al régimen militar.

Mediado el siglo XIX apareció el urbanismo científico con los estudios sobre salubridad e higiene de poblaciones, trazados amplios y rectilíneos de vías urbanas, la creación de parques y jardines públicos y el concepto de ensanche como desarrollo normal de las ciudades. Ensanche suponía la extensión de la ciudad en su entorno para permitir la descongestión de lo que empezó a llamarse casco antiguo o centro histórico.

Al propio tiempo que se empezó a hablar de ensanche surgió la idea de la necesidad del derribo de las murallas. Parece como si la condición *sine qua non* para hacer una ensanche fuera el previo derribo de las fortificaciones. Está muy claro que se podía hacer el ensanche más allá de los muros, pero esta idea, sumamente lógica, solo se puso en práctica en un reducido número de casos y en ciudades pequeñas.

Si se estudian los ensanches de las grandes ciudades europeas del siglo XIX se comprueba que el derribo de las murallas fue considerado algo obvio, por lo que la demolición se llevó a cabo de modo rápido sin que haya crónica pormenorizada de la operación y mucho menos intento de dejar testimonios gráficos de lo que fuera el cinto mural. En cambio los estudios sobre proyectos de ensanches son muy abundantes y prolijos, antes y después de su realización.

Así el barón Georges-Eugéne Haussmann (1809-1891), prefecto del Sena bajo Napoleón III de 1853 a 1869, trazó la nueva ciudad de París a partir del centro, con grandes avenidas rectilíneas y radiales completadas por los bulevares que siguieron la línea de las murallas todavía en pie cuando la Exposición de 1889.

En Viena, en 1857, el emperador decidió la demolición de las murallas, y en su lugar y en los de los fosos y glacis, se construyó el Ring o anillo que envuelve la ciudad antigua con un rosario de edificios monumentales y conecta con el ensanche.

En Florencia se abatieron los muros en 1864 como previa condición al ensanche, aunque se respetaron las puertas monumentales.

En La Habana la muralla de tierra cayó en 1873, aunque se conservaron los imponentes fuertes del frente marítimo.

Otras ciudades conservaron las murallas, bien por que no crecieron demasiado en número de habitantes o bien se ensancharon más allá de sus muros. El caso más llamativo es el de Ávila que logró demoler los edificios pegados a sus muros medievales y recuperar su adusto aspecto de fortaleza.

En Cracovia se conserva parte de la barbacana y un cinturón verde donde las murallas y en Carasona fue reconstruida totalmente por Eugéne Emanuel Viollet-le-Duc, que rehizo igualmente parte de las murallas de Aviñón. Otro ejem-

plo de muralla medieval conservada íntegramente es la de Aigües-Mortes, en la Camarga. En León y Lugo se han conservado buenas partes de las murallas romanas.

Dos ensanches conservadores

En Italia se pueden citar dos casos ejemplares de ciudades que han preservado sus muros antiguos y modernos. Se trata de Bergamo, en Lombardía, y Lucca, en Toscana. En ambas el ensanche se hizo bastante más allá de las murallas y estas fueron respetadas totalmente. En el caso de Lucca se conservan tanto la muralla medieval como la moderna.

La muralla medieval es de piedra y está envuelta por la moderna de ladrillo, pero separadas ambas por un camino que permite circuir el recinto antiguo. Si luego se sube al paso sobre la muralla moderna se puede ver, afuera, la campiña y contemplar, dentro, el panorama de la deliciosa ciudad. El camino sobre muralla tiene doble hilera de plátanos y constituye un paseo sumamente agradable. El foso de la muralla moderna está cubierto de césped y bordeado por un camino de ronda también arbolado e igualmente agradable. Este foso y este camino constituyen un auténtico cinturón verde de la ciudad y un magnífico parque público.

Otras ciudades, famosas fortalezas, han mantenido parte de sus recintos fortificados como es el caso de Cartagena de Indias en Colombia, la mayor de las fortalezas españolas en América. En San Juan de Puerto Rico también quedan partes importantes de la muralla, especialmente los fuertes que defienden el puerto, como los castillos de El Morro y San Cristóbal. Lo mismo puede decirse de Melilla con fortificaciones que van de los siglos XV al XIX.

El caso de Barcelona

La ciudad de Barcelona, de fundación romana (Pia Faventia Augusta Paterna Barcino), tuvo una muralla casi simbólica en época de Augusto, pues su mejor defensa eran las legiones romanas extendidas por el naciente imperio. La primera invasión de francos y alemanes en 270 provocó la destrucción de la ciudad y la inmediata construcción de una recia muralla con muros de piedra y 76 torres, que se construyó a fines del siglo III e inicios del IV.

Esta muralla conservó su carácter militar hasta el siglo XII en que la población desbordó el reducido recinto de cien mil metros cuadrados y obligó al rey Jaime I, en el siglo XIII, a construir una muralla que abarcara una zona mucho más amplia. A partir de entonces la muralla romana desapareció bajo numerosos edificios a ella pegados por dentro y por fuera, hasta el punto que su única

parte visible mediado el siglo XX eran las torres de la plaza Nueva (Turris Archidiaconalis), y poca cosa más. Fue el profesor Adolfo Florensa Ferrer (1889-1968) quien dirigió la recuperación de todo el recinto escondido.

Pero la muralla de Jaime I resultó insuficiente al cabo de un siglo y Pedro IV, el Ceremonioso, amplió el recinto incluyendo el arrabal más allá de las Ramblas. Este nuevo recinto fue luego rodeado por las fortificaciones propias de los siglos XVI al XVIII, conformando el perímetro de la ciudad, hasta su desaparición en 1859.

La muralla medieval sirvió de apoyo a la moderna hecha a base de parapetos, fosos, baluartes y revellines. Todo un conjunto con taludes y terraplenes, entre los que asomaban las torres de la muralla medieval, que conservó sus puertas.

Los muros tenían doce metros de altura y formaban en planta la típica línea quebrada que, a partir de 1715, fue reforzada con la Ciudadela pentagonal, notable obra de la poliorcética del siglo XVIII, que se completaba con el castillo de Montjuïc.

Alrededor de la muralla estaban los fosos y los glacis o explanadas, seguía la zona de protección *non aedificandi* formada por un conjunto de campos de labor o yermos.

Siendo Capitán General de Cataluña don Santiago Miguel de Guzmán, II Marqués de La Mina, entre 1742 y 1764, decidió arreglar en entorno de las murallas completando los fosos y glacis con un paseo de circunvalación arbolado y la restauración de los pavimentos del entorno de las puertas que se encontraba muy descuidados de tal modo que, con las lluvias de otoño, se formaban extensos charcos y barrizales de modo que se hacía intransitable para las personas y a veces hasta para los mejores tiros de caballerías. Pidió ayuda económica al Gobierno pero poca cosa logró. Entonces pidió la ayuda a los gremios e incluso puso a trabajar a los gitanos presos. También estableció un impuesto sobre las armas de fuego y con todo ello logró arreglar la zona inmediata a las puertas y construir un bello paseo de circunvalación con dos hileras de tilos y plazas circulares en los enlaces con las carreteras que llegaban a Barcelona. Así lo que fueron barrizales y quebradas peligrosas se convirtieron en agradable lugar de paseo bajo los árboles.

En el plano de Barcelona que publicó Alejandro de Laborde, en su Viaje pintoresco de 1802, son perfectamente visibles estos caminos arbolados que rodeaban la ciudad, desde la puerta de Mar a la de Santa Madrona.

Muy pocos testimonios gráficos quedan de este agradable cinturón verde, arbolado, pero los pocos que hoy permiten apreciar cuan hermoso debía ser su aspecto y explican por sí solos la razón por la cual los obreros y menestrales de Barcelona, los días festivos, iban a comer o merendar bajo los tilos y encima del

césped para huir de la congestionada ciudad. Además del ya citado plano de Laborde existe otro del sistema Ackman de 1850 que muestra la disposición de las murallas con los once baluartes (Puerta Nueva, San Pedro, Junqueras, Puerta del Ángel, Canaletas, Tallers, Valldonzella, Nuevo, Puerta de San Antonio, del Rey y de San Francisco).

El ensanche que empezaron a soñar los barceloneses apretujados en su angosta ciudad, a la vista de lo que Haussmann estaba realizando en París y también a la vista de los derribos de murallas en otras ciudades, juntamente con el crecimiento de las ideas del urbanismo científico, hubiese sido igualmente posible saltando por encima de los muros, en vez de aplanarlos.

En Barcelona las ideas anticlericales y antimilitaristas habían dado ya su fruto en julio de 1835 con la quema de ocho conventos.

Tres años después se intentó un modesto ensanche uniendo los baluartes de Tallers y del Ángel mediante un lienzo de muro rectilíneo, propuesto por los ingenieros militares y la junta de ornato público, conservando, como es lógico, el carácter de plaza fuerte para la ciudad. No prosperó el intento y en 1839 se dio oficialmente estado a la necesidad del ensanche, pero la guerra carlista abortó cualquier proyecto.

EL DERRIBO DE LA MURALLAS, CUESTIÓN POLÍTICA

En 31 de diciembre de 1840 el Ayuntamiento convocó un concurso público para premiar el mejor trabajo que demostrase las ventajas de la desaparición de las murallas. Lo ganó, con medalla de oro, el médico, catedrático y ensayista Pedro Felipe Monlau (1808-1871) con el trabajo titulado “¡¡¡Abajo las murallas!!!. Memoria sobre las ventajas que reportaría a Barcelona, y especialmente a su industria, la demolición de las murallas que circuyen la ciudad”.

El 26 de octubre de 1841, en plenos hechos revolucionarios, el Coronel Juan A. de Llinàs, que presidía la Junta de Vigilancia, ordenó el comienzo del derribo de la Ciudadela, que pronto se interrumpió obligándose a la ciudad a la reconstrucción de lo destruido. Pero como consecuencia del levantamiento de 1843, la Junta Suprema Provisional de la Provincia de Barcelona decretó, el 27 de junio, la demolición de las murallas, exceptuando la de Mar, y encargó de ello al Ayuntamiento. Se creó una Junta de Derribo de las Murallas y, el 10 de julio de 1843, comenzó la demolición al tiempo que Agustín Vila daba a conocer otra memoria también titulada ¡Abajo las murallas! Fracasada la revolución, las murallas volvieron a su estado primitivo, aún cuando las partes reconstruidas lo fueron de modo hartamente defectuoso.

Con todo, el Ayuntamiento siguió pidiendo al Gobierno autorización para proceder contra las murallas, en enero de 1844, agosto de 1851 y mayo de

1853. Por fin, una Real Orden de 9 de agosto de 1854, contestando a una nueva petición de 15 de febrero de 1854, concedió el ansiado permiso y, sin perder tiempo, se iniciaron los trabajos que eran muy necesarios para dar ocupación a los obreros parados como consecuencia de la grave epidemia de cólera. Superada esta fase la demolición se paró y no fue hasta una nueva Real Orden de 9 de diciembre de 1858 que se autorizó la continuación del derribo. Fue pues a lo largo del año 1859 que se destruyeron sin gloria, las murallas de la ciudad, aunque algunos fragmentos se mantuvieron hasta 1860 y la muralla de Mar no cayó hasta 1878. Quedó la Ciudadela pero una orden de la Junta Suprema Revolucionaria, de 5 de noviembre de 1868, dispuso su desaparición. Luego los terrenos con los fosos y glacis fueron cedidos a la ciudad a cambio de que se dedicaran a parque público.

Los derribos se hicieron con intervención de los Cuerpos de Ingenieros Militares. El terreno sobrante se puso a la venta y con su producto y con la de la venta de los materiales se pagó la demolición y también se especuló de lo lindo, que en río revuelto siempre hay ganancia de pescadores.

Este fue el triste fin de las murallas medievales y modernas de Barcelona. Por fortuna el primer recinto romano se salvó y ahora constituye una de las atracciones turísticas de la ciudad.

De la muralla medieval y moderna solo se salvó el trozo que quedaba comprendido en la zona de las Reales Atarazanas, importante edificio medieval convertido entonces en Maestranza de Artillería y donde los militares no dejaron meter baza al Ayuntamiento. En este lugar, al final de la avenida del Paralelo, se puede ver un fragmento de terraplén y parapeto y dos torres con sus lienzos de muralla medieval. En una de las torres queda la puerta llamada de Santa Madrona, única de las diez que tenía la ciudad que ha podido sobrevivir a la furia demoledora de 1859. Ahora las Reales Atarazanas son el espléndido Museo Marítimo de Barcelona y la parte superior del terraplén es un bonito jardín público. Al contemplar la restauración que del mismo hizo el profesor Florensa se comprende lo que hubiera podido ser el cinturón verde de Barcelona de haberse conservado como el de Lucca.

Muchos años después se pudo comprobar que algunas casas de las Rondas de San Pedro, de San Antonio o de la Universidad y calle de Pelayo tienen sótanos con bóvedas a prueba de bomba que pertenecieron a las murallas de la ciudad. Buen negocio hicieron los propietarios que adquirieron aquellos terrenos, pues se encontraron los cimientos y los sótanos hechos y además con solidez superlativa. En la plaza de la Universidad hay una charcutería con una cava de vinos que es una de estas bóvedas de ladrillo a sardinel de bella factura, en la calle Sepúlveda hubo una discoteca instalada en dos grandes plantas de sótanos abovedados correspondientes a la muralla. Parte de los sótanos del edificio de la Universidad en la Granvía son los del baluarte de Tallers y cuando

en 1906 se iniciaron los trabajos para el monumento al Dr. Robert en la plaza de la Universidad se encontró la punta del baluarte. El último y lamentable hallazgo fue en 1992 cuando se construyó el desvío del emisario del Bogatell en la zona de la Villa Olímpica. Dentro del parque de la Ciudadela quedó a la vista el parapeto de la Ciudadela que fue destruido por las excavadoras sin piedad y en presencia de las cámaras de la televisión.

A la historia de la desaparición de las murallas sigue la del proyecto del Ensanche, el concurso que convocó el Ayuntamiento y el escamoteo del Gobierno que otorgó a Cerdà la realización de su proyecto que ni siquiera había concursado. Es una historia truculenta que contó Puig y Alfonso con todo lujo de pormenores en 1915. Pero se trata de otro asunto distinto del que aquí se ha tratado

Ciento cincuenta años después del inclemente derribo de las murallas la operación no aparece tan beneficiosa para la ciudad como creyeron Monlau, Vila, Cerdà y los filántropos románticos del siglo pasado. Hubo una fuerte dosis de partidismo político en el interés por el derribo, de tal modo que la supuesta liberación de las cadenas murales que ahogaban la ciudad cegó a muchas gentes inteligentes de aquel momento, de tal manera que, ni una sola voz se levantó con el pensamiento de conservar las murallas, abrir nuevas puertas para conectar con el Ensanche y mantener el cinturón verde de los fosos y los glacis como excelente parque urbano.

Predominó la fanática terquedad del derribo, al que únicamente se oponía el Ejército, aunque al final los militares estuvieron también de acuerdo con la demolición condicionándola a la construcción de otras fortificaciones de tipo más moderno y a la edificación de nuevos cuarteles en el Ensanche.

La demolición de las murallas se consideró un acto de heroísmo y los poetas la cantaron como mosén Jacinto Verdaguer en la Oda a Barcelona:

Al nàixer amaçona, de mur te coronares
 mes prompte ta creixença rompe l'estret cordó
 tres voltes t'el cenyires, tres voltes lo trencares,
 per sobre el clos de pedra saltant com un lleó.

¿Perquè lligarte els braços amb aquest cinyell de torres?
 no escau a una matrona la faixa dels infants;
 mes val que l'enderroques d'un cop de ma i esborres;
 ¿Muralls vols ciclopees? Déu te les da mes grans.

*(Al nacer amazona, de muro te coronaste
mas pronto tu crecimiento rompió el estrecho cordón
tres veces lo ceñiste, tres veces lo rompiste,
por encima del recinto de piedra saltando como un león.*

*¿Porqué atar tus brazos con este cinto de torres?
no le hace a una matrona la faja de los niños
más vale que de una vez lo derribes de un manotazo y lo borres;
¿Murallas quieres ciclópeas? Dios te las da mayores). (1888)*

Muchos años más tarde el escultor catalán Eusebio Arnau Mascort cinceló una medalla conmemorativa del derribo.

De todas maneras es significativo que se constituyera la Sociedad de Fomento del Ensanche de la formaban parte Manuel Angelón Broquetas, presidente del Ateneo Barcelonés, Antonio Rovira y Trias, arquitecto municipal y el propio Ildefonso Cerdà Sunyer, autor del proyecto de Ensanche. Esta sociedad se encargó de construir las primeras casas en el Ensanche, en forma de hotelitos o chalets a ambos lados de unos pasajes (Permanyer, Méndez Núñez, Concepción) construidos en la zona verde prevista por Cerdà en el centro de las manzanas del Ensanche. Precisamente los encargados de vigilar el cumplimiento de la nueva ordenanza fueron los encargados de menospreciarla.

Queda ahora solamente comparar Bergamo o Lucca con Barcelona para comprender lo que pudo haber sido y no fue. O, en el peor de los casos, comparar el elegante y amplio Ring de Viena con las raquíticas Rondas de Barcelona para entender que la solución adoptada no fue la mejor posible, ni mucho menos.

BIBLIOGRAFÍA

- VV. AA.: *El Ensanche de la ciudad de Valencia en 1884*. Colegio Oficial de Arquitectos. Valencia, 1984
- BOLÓS I MASCLANS, Jordi: *Com veieren el paisos catalans alguns viatgers del segle XVI*. Episodis de la Història, 247-248. R. Dalmau, Ed. Barcelona, 1980.
- MILESI, E. e SEGNI, F.: *Cagliari, Storia e imagine di una forma urbana*. Cagliari, 1983.
- MEZZETTI-FAUSTO PUGNALONI, C.: *Dell'Architettura militare: l'epoca dei Sangallo e la cittadella di Ancona*. Edizioni Errebi Ancona, 1984.

- BRAVO NIETO, A.: *Ingenieros Militares en Melilla*. Pub.de la UNED, nº 13. Melilla, 1991.
- PUIG I ALFONSO, F.: *Curiositats barcelonines*. Llib.Puig. Barcelona, 1930.
- CARRERAS CANDI, F.: *Geografía General de Catalunya*. Ciutat de Barcelona. Ed. Martin. Barcelona, s.a. (1916).
- Armandine-Lucille-Aurore Dupin (Geroge Sand): *Un hiver a Majorque*. Paris, 1838.
- MARTORELL PORTAS, V.: *Cartografía local. Planos de Ensanche de Barcelona*. Memorias de la Real Academia de Ciencias y Artes. 34 época, nº 619; vol. XXX, nº 14. Barcelona, 1950.
- BUSQUETS VAUTRAVERS, Guillermo: *Ensanche y Reforma de la ciudad de Barcelona*. Barcelona, 1942.
- Centre Excursionista de Catalunya. Record de l'exposició de coses desaparegudes el segle XIX. Barcelona, 1901.
- BASSEGODA NONELL, J.: *La Familia Renart*. Memorias de la Real Academia de Ciencias y Artes. 31 época, nº 798; vol. 44, nº 13. Barcelona, 1979.
- PI Y ARIMÓN, A. A.: *Barcelona antigua y moderna*. Barcelona, 1854.
- PIFERRER, J. y PARCERISA, J.: *España. Sus monumentos y Artes*. Cataluña. Vol. I. Barcelona, 1884.
- VV. AA.: *Le mure di Bergamo*. Azienda Autonoma di Turismo. Bergamo, 1977.
- MONLAU, P. F.: *iAbajo las murallas! Memoria sobre las ventajas que reportaría Barcelona, y especialmente su industria de la demolición de las murallas que circuyen la ciudad*. Premiada con medalla de oro. Barcelona, noviembre de 1841.
- The Earl of Ilchester. *The Spanish Journal of Elizabeth Lady Holland*. Lonmans, Green and Co. Londres, 1910.
- GÜELL, Ildefonso: *Breve reseña de la fortificación, antiguas obras de defensa y actuación de los ingenieros del Ejército en las ciudades de España*.
- Memorias de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona 3a Época, Vol. XXV, nº 21. Barcelona, 1941.
- Ministerio de Cultura. *Fortificaciones coloniales de La Habana*, Madrid, 1982.
- BASSEGODA NONELL, Joan: *El darrer cinyell poliorcètic de Barcelona*. Reial Academia de Ciències i Arts. Barcelona, 2002.